

LOS MITOS DE LA CONQUISTA EN DON JOAN DE CASTELLANOS - (II)

Escribe: MARIO GERMAN ROMERO

— VI —

LAS AMAZONAS

Para encontrar el origen de este mito hay que remontarse a la mitología griega. En el culto que se le rendía en el Asia Menor a Artemis, le hacían compañía las amazonas que vivían en las costas meridionales del Mar Negro, en el Termodonte y en el Iris, en el Ponto o en Komona. La leyenda nacida en Beocia pasó al Asia, según ella luchaban como jinetes audaces ya con Belerofonte, con Heracles, con Teseo, ya con Aquiles. El arte las representa, por regla general, como fuertes y bellas luchadoras, jinetes en briosos caballos, con los vestidos cortos y el escudo a un lado, casi siempre con la doble hacha. Fueron inmortalizadas por Fidias y Policletto en estatuas en que aparecen como extenuadas después de un duro combate.

Herodoto, *el Padre de la Historia*, hace mención de las amazonas en el Cuarto Libro dedicado a Melpómene. Recuerda la guerra entre los griegos y las amazonas, "a quienes los escitas llaman *Eorpatá*, palabra que equivale en griego a *Anaroctonoi* (*matahombres*) [...] en aquel tiempo se dice que, vencedores los griegos en la batalla del río Termodonte, se llevaban en tres navíos cuantas amazonas habían podido coger prisioneras, pero que ellas, habiéndose rebelado en el mar, hicieron pedazos a sus guardias". Dueñas de la embarcación que no sabían manejar, llegaron a un lugar de la costa de la laguna Meotis llamado Cremnoi. Abandonaron las naves, se encaminaron al país habitado y se alzaron con los caballos que encontraron, y montadas en ellos iban talando y robando el país de los escitas. En un principio las tomaron por hombres, pero cuando descubrieron que eran mujeres, resolvieron enviar sus mancebos hacia ellas con el ánimo de poder tener una sucesión de hijos belicosos.

Pronto se hicieron amigos y las fueron tomando por esposas. Cuando los jóvenes escitas les propusieron vivir en compañía de sus padres, les respondieron: "Jamás, [...] a nosotras no nos es posible vivir en compañía de vuestras hembras, pues no tenemos la misma educación y crianza que ellas. Nosotras disparamos el arco, tiramos el dardo, montamos un ca-

ballo y esas habilidades mujeriles de hilar el copo, enhebrar la aguja, atender a los cuidados domésticos, las ignoramos; vuestras mujeres al contrario, nada saben de lo que sabemos nosotras, sino que sentadas en sus carros cubiertos hacen sus labores sin salir a caza ni ir a parte alguna. Ya veis con esto que no podríamos avenirnos. Si queréis obrar con rectitud, y estar casados con nosotras como es justicia y razón, lo que debéis hacer es ir allá a veros con vuestros padres, pedirles que os den la parte legítima de sus bienes, y volviendo después, podremos vivir aparte, formando nuestros aduares". Los jóvenes aceptaron la propuesta y una vez de regreso con sus bienes, las amazonas les propusieron ir a otro lugar libre de vecinos peligrosos, a la otra parte del Tanáis. Los enamorados jóvenes accedieron a la nueva petición y se encaminaron al paraje en que moran al presente. "Desde entonces las mujeres de los sármatas han seguido en vivir al uso antiguo, en ir a caballo a la caza con sus maridos, y también sin ellos, y en vestir con el mismo traje que los hombres". (1).

El historiador latino Justino, anterior al siglo V, redactó un *Compendio de la Historia Universal* de Trogo Pompeyo y en él hace mención de las amazonas: se detiene en la etimología de la palabra y cuenta que les quemaban el seno derecho para que no tuvieran impedimento para tirar con el arco. San Isidoro en sus *Etimologías* dice que se llaman así "o porque viven sin varones, del griego *áma dsón*, o porque se queman el pecho derecho, de *aneu madsón*, a fin de que no sea un impedimento para el fácil lanzamiento de las armas. Ticiano las llamó *unimamas*, y esto es lo que significa la palabra *amazonas*, sin mama. Fueron exterminadas por Hércules, Aquiles y Alejandro". (2).

Ya tuvimos ocasión de afirmar en un capítulo anterior que tanto Castellanos como Herrera y López de Gómara, atribuyen erróneamente el invento de las amazonas americanas a Orellana. Como se dijo entonces, la paternidad de la fábula en América hay que atribuírla al mismísimo Colón, de quien se hizo eco Pedro Mártir de Anglería.

Pigafetta completó la leyenda con la peregrina especie de que reciben del viento: "También nos dijeron que en la isla Ocolora, más abajo de Java, no hay más que mujeres, a las que fecunda el viento: cuando paren, si es varón le matan inmediatamente; si es hembra, la crían; matan a los hombres que se atreven a visitar su isla". (3).

Se debe a fray Gaspar de Carvajal el relato del encuentro de Orellana con las amazonas, utilizado por Oviedo y Herrera en sus historias. El primero acepta la *Relación* sin limitaciones: "me parece que este tal es digno de escribir cosas de Indias, e que debe ser creído en virtud de aquellos dos flechazos, de los cuales el uno le quitó o quebró el ojo: e con aquel solo, demás de lo que su auctoridad e persona merece, ques mucho, según afirman los que le han tractado, creería yo más que a los que con dos ojos e sin entenderse ni entender más cosa son Indias, ni haber venido a ellas, desde Europa hablan e han escripto muchas novelas, a las cuales en verdad no hallo yo otra comparación más al propio que a palabras de papagayos, que aunque hablan, no entiende ninguna cosa de lo quellos mesmos dicen". (4) La alusión a Pedro Mártir no puede ser más clara.

Herrera es más prudente: "Esto de las amazonas lo refiero como lo hallé en los memoriales de esta jornada, reservando el crédito al albedrío de cada uno, pues no hallo, para ser estas mujeres amazonas, sino el nombre que estos castellanos las quisieron dar". (5)

El ojo del conquistador, impregnado de libros de caballería y aun de latinidad, proyecta en esta orilla del Atlántico la hermosura de los mitos clásicos. La leyenda de las amazonas estaba muy extendida por las Indias: muchos conocían las *Sergas de Esplandián*, continuación del *Amadís de Gaula*, donde se intercala el relato de la reina Calafia, que con sus amazonas vivía en la isla "California", célebre por su gran abundancia de oro y de joyas. Los textos clásicos corrían de boca en boca deformados por el pueblo español y si a esto se agrega la tradición indígena de mujeres guerreras, tenemos el origen de la fabulosa leyenda. Si es cierto que el Padre Carvajal no afirma que se trate de las amazonas clásicas, no cabe duda de que el religioso vio mujeres guerreras. Un indio, uno de esos maravillosos indios poetas, creadores de fábulas que los españoles creían a pie juntillas, hizo el resto.

El mito corrió con fortuna desde México hasta el Río de la Plata. La fama de aquellas valerosas mujeres llegó hasta el Nuevo Reino. En la *Relación del descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada*, escrita por Juan de San Martín y Alonso de Lebrija, (1536-1539) se lee que "estando el real en el valle de Bogotá, tuvimos nueva de una nación de mujeres que viven por sí, sin vivir indios entrelas, por lo cual las llamamos amazonas. Estas dicen los que dellas nos dieron noticia que de ciertos esclavos que compran se empreñan, y si paren hijo lo envían a su padre, y si es hija, críanla para aumentación de esta república. Dicen que no se sirven de esclavos más de hasta empreñarse dellos; que luego los tornan a enviar, e así a tiempo los envían e a tiempo los tienen. Oída tal nueva en tal tierra como esta, envió [Gonzalo Jiménez de Quesada] a su hermano con alguna gente de pie y de caballo a que viese si era así lo que los indios decían; y no pudo llegar a ellas por las muchas sierras de montaña que había en el camino, aunque llegó tres o cuatro jornadas dellas, teniendo siempre más noticias de las que había, e que eran muy ricas de oro, e que dellas se trae el mismo oro, que hay en esta tierra y en la de Tunja". (6)

Dos observaciones nos merece este relato. La primera, que hay casi una identidad verbal en la descripción que de las amazonas nos hacen los cronistas que de ellas se ocupan; y la segunda sobre sus inmensas riquezas: que eran muy ricas de oro afirman los autores de la *Relación*, en las *Sergas de Esplandián* dice Montalvo que "sus armas eran todas de oro, y también las guarniciones de las bestias fieras, en que, después de las haber amansado, cabalgaban: que en toda la isla no había otro metal alguno". Así se explica como el autor de las *Sergas* aderezó los "hechos" de que Colón había informado, y para el conquistador las amazonas llegaron a ser sinónimo de la fortuna.

Pedro Mexía de Ovando en *La Ovandina* dice de las amazonas que "el padre Gonzalo de Lema, de la Compañía de Jesús, provincial de la provincia del Nuevo Reino de Granada, afirma en sus letras anuas que las ha visto en aquel distrito..." (7)

Por su parte el padre Rivero, en su *Historia de las Misiones*, destina un párrafo especial a las amazonas. Se funda en las relaciones escritas del padre Neira. "Cuentan los indios, dice el padre, que entre el río Meta y el Orinoco hay una isla, y en ésta un pueblo tan grande que tendrá de longitud una legua, en el cual las casas, fabricadas de piedra, están unidas entre sí como en una ciudad. Allí viven las amazonas, mujeres tan varoniles y guerreras, que no solamente mantienen guerras contra otras naciones de menor espíritu, como son los Achaguas, sino con las naciones más carniceras, como son los Caribes. No permiten entrar a su isla a los varones sino en cierto tiempo del año, en el cual su gobernadora o capitana da licencia para ello. En esa ocasión entran a comerciar otras naciones, como los quirrunus, y entonces compran y venden los géneros que allí se encuentran, dándoles permiso para pasar la noche en la isla, pero en llegando la mañana despiden a los extranjeros y los echan de la ciudad con tanto rigor, que si por ventura un mercader se resiste a salir, contrariando el mandato de la gobernadora, luego al punto empuñan el arco o la macana y le quitan la vida, para castigar su atrevimiento. Otras cosas notables cuentan de estas mujeres, y entre ellas, que quitan la vida a sus hijos varones, luego que nacen, reservando únicamente las hijas".

Sobre el origen de las amazonas dice el padre Rivero: "se sabe que fueron scitas de nación, y que habiendo pasado a Capadocia, junto con sus maridos, fueron éstos vencidos y muertos en la batalla, con lo cual, tomando las armas las mujeres, no solo aseguraron con ellas esa tierra, sino que conquistaron otras. Fueron al fin vencidas, y huyendo de las armas enemigas se dividieron y retiraron a varios sitios: unas pasaron a Africa, otras a Francia y otras al río que hoy se llama de las Amazonas, con que es poco verosímil que llegasen también a la isla que queda dicha, entre el Meta y al Orinoco".

Cuenta en seguida la anécdota del cura de Santiago de la Atalaya que un buen día resolvió abandonar sus ovejas "para recoger las ajenas", se hizo maestro de campo general y conquistador de las amazonas, con la intención de pillar de paso el mismísimo tesoro del Dorado. Con treinta mil pesos en la bolsa y el título de gobernador y capitán general que le concedió el presidente de Santafé marqués de Sofraga, reclutó tropas en Cartagena y levantó a tres leguas de Pauto la *Gran Ciudad de Sofraga*. Allí le abandonaron las tropas y viéndose solo, resolvió dividir sus títulos con Martín de Mendoza, encomendero de Casanare. Le cedió al de Mendoza el de capitán general reservándose el reverendo el muy pomposo de gobernador. Edificaron castillos e hicieron algunas incursiones contra los indios, que atemorizados "del señor misionero gobernador se hubieron de retirar tierra adentro". La conquista terminó en sainete: cuatro clérigos, por orden del arzobispo, prendieron al cura gobernador y se lo llevaron, dando en tierra con la pretendida conquista (8).

Ya el padre Acuña en 1639 había recogido la tradición de las amazonas de testigos presenciales. Los franciscanos de Quito, en sus navegaciones por el río que llamaron de San Francisco, oyeron hablar "de las mujeres que vivían solas sin varones".

No fueron solamente lo soldados rudos, los más instruídos misioneros admitieron la existencia de las amazonas, y como si no fuera sufi-

ciente, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, el mismo La Condamine en pleno siglo XVIII no tuvieron reparo en admitirlas.

Daniel Ortega Ricaurte estudió muy a fondo la región del Amazonas, y en su conferencia dictada el 5 de agosto de 1937 en la Academia Colombiana de Historia sobre *Orellana y las Amazonas* dice que "interrogó a diferentes tribus del alto y del bajo Amazonas, del Putumayo y del Ucayali, y aunque ninguna las conoce, la mayor parte estuvieron de acuerdo en afirmar que habían oído decir de la existencia del "país de las mujeres sin marido", y es claro que ninguno de estos indios conoce la historia de Orellana, ni sus informes, ni las leyendas tejidas al rededor del descubrimiento del río".

Que es lo mismo que rezan la mayoría de los autores: admiten la existencia de las amazonas, pero de oídas: verlas, nadie, aparte los primitivos.

Varias explicaciones han dado los especialistas a este mito: para algunos no pasan de ser unas de tantas mujeres guerreras con que tropezaron los conquistadores (9), para otros una fábula sin fundamento real. Para el naturalista brasileño Barbosa Rodríguez no son más que los indígenas afeminados Napés a quienes creyeron mujeres. Enrique de Gandía en la *Historia crítica de los mitos de la Conquista Americana* sostiene que las amazonas no fueron sino el espejismo de las vírgenes del sol.

Castellanos atribuye erróneamente la invención de las amazonas a Orellana:

*De aquí sacó después sus invenciones
El capitán Francisco de Orellana,
Para llamarle río de Amazonas
Por ver esa con dardos y macana,
Sin otros fundamentos ni razones
Para creer novela tan liviana;
Pues hay entre cristianos y gentiles
Ejemplos de mujeres varoniles. (I, 615).*

Dice el Beneficiado que después Orellana viajó a España a levantar informaciones.

*Y entonces publicó la gran patraña
De aquellas invencibles amazonas. (I, 619).*

Sin embargo, Castellanos no descartaba la posibilidad de que existieran en Venezuela:

*Pues en tan penitísimas regiones
Podría ser que vivan amazonas (II, 203).*

El mito de las amazonas pasó a la literatura universal con Tirso de Molina: *Amazonas en las Indias* es el título de una de sus obras teatrales que tiene por actor principal a Gonzalo Pizarro. El bastardo que lleva el mismo nombre del padre sale en busca de la tierra de la canela y encuen-

tra a las Amazonas. Allí Orellana no ocupa el lugar principal aunque está presente al diálogo. Para darles un sabor clásico, las llama Menalipe y Martesia, los mismos nombres de sus antepasadas de la leyenda clásica.

El fino ingenio de Baltasar Gracián estampó en *El Criticón* una sabia máxima tomada de nuestra leyenda: "las Amazonas sin hombres fueron más mujeres y los hombres entre mujeres son menos que mujeres". (Segunda Parte, Crisi VIII).

EL DORADO

Cuánto se pudiera escribir sobre la influencia que tuvo la sed de oro en el descubrimiento del Nuevo Mundo! El mismo Colón que fue místico y hombre de ciencia, poeta y amante de la naturaleza, era un enamorado romántico del oro. En su carta a los reyes de España fechada en Jamaica el 7 de julio de 1503 dice con fruición: "el oro es excelentísimo: del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas al paraíso". Lope de Vega en una de sus comedias americanas, *La famosa comedia de el Nuevo Mundo descubierta por Cristóbal Colón*, pone estas palabras en boca del Almirante:

*Señor, dineros; que el dinero en todo
Es el maestro, el norte, la derrota,
El camino, el ingenio, industria y fuerza,
El fundamento y el mayor amigo.*

Agustín de Ahumada, hermano de Santa Teresa de Jesús, andaba por estas tierras de América en busca de fortuna. Desde Quito, el 25 de octubre de 1582, escribió al virrey del Perú para informarle que estaba en negociaciones con la Real Audiencia para que le ayudaran a organizar una expedición "para ir en demanda de ver cierta provincia que unos vecinos desta gobernación dieron en ella y la vieron la más rica de gente y oro que se ha visto, que lo que della cuentan y señas que dan, se cree sin duda debe de ser El Dorado, en demanda de quien tantas veces se han perdido mil capitanes y gentes y está tan cerca de Avila, uno de los pueblos desta gobernación, que en ocho días de camino se está en ella". (Citado por Leonard, *Los libros del Conquistador*, Cap. II).

"A la fama de este nombre campanudo del Dorado" está destinada una buena parte en los relatos de nuestros primeros cronistas. El tema es apasionante y de ahí la riqueza bibliográfica sobre la materia.

El padre Simón señala el fundamento de *estas polvaredas del Dorado* en el relato que le hizo el indio Muequetá al capitán Benalcázar poco después de la fundación de Quito en 1534. Pero dejemos la palabra a Castellanos:

*Después que con aquella gente vino
Añasco, Benalcázar inquiría
Un indio forastero peregrino
Que en la ciudad de Quito residía,
Y de Bogotá dijo ser vecino,
Allí venido no sé por qué vía;
El cual habló con él, y certifica
Ser tierra de esmeraldas y oro rica.*

*Y entre las cosas que les encamina
Dijo de cierto rey, que, sin vestido,
En balsas iba por una piscina
A hacer oblación según él vido,
Ungido todo bien de trementina,
Y encima cantidad de oro molido,
Desde los bajos pies hasta la frente,
Como rayo de sol resplandeciente.*

*Dijo más las venidas ser continas
Allí para hacer ofrecimientos
De joyas de oro y esmeraldas finas
Con otras piezas de sus ornamentos,
Y afirmando ser cosas fidedinas:
Los soldados alegres y contentos
Entonces le pusieron el Dorado
Por infinitas vías derramado.*

*Mas él dentro de Bogotá lo puso,
O término que el nuevo reino boja,
Pero ya no lo pintan tan incluso
En él que su distancia lo recoja,
Antes por vanidad de nuestro uso
Lo finge cada cual do se le antoja,
Y en cuanto se descubre, corre y anda,
Se lleva del Dorado la demanda. (III, 332 s.).*

El Beneficiado nos suministra pues el origen de la leyenda y la suerte que corrió al fingirlo *cada cual do se le antoja*. Simón nos ha dado la fecha: 1534. Con estos elementos el relato fabuloso va a pasar por toda América.

En el encuentro de los ejércitos de Quesada, Benalcázar y Federmán en la sabana de Bogotá a la fundación de Santafé en 1538, los de Benalcázar cuentan a sus amigos la fabulosa especie. Lo demás fue producto de la fantasía de cada cual. Desde entonces se habla del Dorado en los corrillos de soldados, en las conversaciones de palacio y en las charlas de desocupados. Y como si esto no fuera suficiente, va a tomar puesto de honor en las verídicas crónicas de la conquista.

Que las lagunas fueron objeto de culto por parte de los naturales, lo afirma el mismo Jiménez de Quesada: "tienen muchos bosques y lagunas consagradas en su falsa religión, donde no tocan a cortar un árbol, ni tomarán una poca de agua por todo el mundo; por estos bosques van también a hacer sus sacrificios, y entierran oro y esmeraldas en ellos, lo cual está muy seguro que nadie tocará en ello, porque pensarían que luego se habrían de caer muertos, lo mismo es en lo de las lagunas, las que tienen dedicadas para sus sacrificios que van allí y echan mucho oro y piedras preciosas que quedan perdidas para siempre..." (10).

Simón describe la ceremonia que se hacía en la laguna de Guatavita: era el cacique de Guatavita el más poderoso señor que había en el Reino de los Moscas. Habiéndole hecho traición la cacica con un caballero de la

corte, súpolo el cacique y tomó cruel venganza del burlador de su honra. Desesperada la mujer, buscó para sí y para la hija un refugio en las aguas de la laguna. Los indios comenzaron a ofrecerles sacrificios, "no perdonaban el buen oro, joyas, esmeraldas, comidas y otras cosas que no se ofreciesen en todas sus necesidades". Los caciques cuando morían eran arrojados a las aguas con todas sus riquezas, "el cacique del pueblo de Simijaca echó en esta laguna cuarenta cargas que llevaron cuarenta indios desde el pueblo a la laguna" (11).

Cuando Muequetá informaba a Benalcázar sobre la existencia del Dorado, no hacía más que referir la extraña ceremonia que en días señalados contemplaban las muchedumbres desde las faldas de las colinas que rodean la riquísima laguna. Y allí comenzó la leyenda: "lo finge cada cual do se le antoja".

Los cronistas se ocuparon de la leyenda, que por tener un fundamento no podemos calificar de fabulosa. Oviedo pregunta por qué llaman a aquel príncipe el cacique o rey Dorado, a lo cual le responden los españoles que han estado en Quito, "que lo que desto se ha entendido de los indios es que aquel gran señor o príncipe continuamente anda cubierto de oro molido e tan menudo como sal molida; porque le parece a él que traer otro qualquier atavío es menos hermoso, e que ponerse piezas o armas de oro labradas de martillo o estampadas por otra manera, es grosería e cosa común, e que otros señores e príncipes ricos las traen, quando quieren; pero que polvorizarse con oro es cosa peregrina, inusitada e nueva e más costosa, pues que lo que se pone un día por la mañana se lo quita e lava en la noche e se echa e pierde por tierra; e esto hace todos los días del mundo. E es hábito que andando, como anda de tal forma vestido o cubierto, no le da estorbo ni empacho ni se encubre ni ofende la linda proporción de su persona e disposición natural, de qué mucho se precia, sin se poner encima otro vestido ni ropa alguna. Yo querría más la escobilla de la cámara deste príncipe que no las de las fundiciones grandes que de oro ha abido en el Perú o que puede aver en ninguna parte del mundo. Assí que, este cacique o rey dicen los indios ques muy riquísimo e grand señor, e con cierta goma o licor que huele muy bien se unta cada mañana, e sobre aquella unción assiente e se pega el oro molido e tan menudo como conviene para lo ques dicho, e queda toda su persona cubierta de oro desde la planta del pie hasta la cabeza, e tan resplandeciente como suele quedar una pieza de oro labrada de mano de un grand artífice" (12).

Herrera dice que Luis Daza oyó de un indio extranjero de la provincia llamada Cundirumarca "la mucha riqueza de oro que en ella había y otras grandezas que ha sido causa de haber muchos emprendido aquel descubrimiento del Dorado, que hasta ahora parece encantamiento" (13).

Rodríguez Freyle cuenta que era costumbre entre los naturales que el que había de suceder al cacique era sometido a una serie de ceremonias: "a este tiempo desnudaban al heredero en carnes vivas y lo untaban con una tierra pegajosa y espolvoriaban con oro en polvo y molido, de tal manera que iba cubierto todo de este metal. Metíanlo en la balsa, en la cual iba parado, y a los pies le ponían un gran montón de oro y esmeraldas para que ofreciese a su dios. Entraban con él en la balsa cuatro caciques, los más principales, sus sujetos, muy aderezados de plumería,

coronas de oro, braceles y chagualas y orejeras de oro, también desnudos, y cada cual llevaba su ofrecimiento. En partiendo la balsa de tierra, comenzaban los instrumentos, cornetas y fotutos y otros y con esto una gran vocería que atronaban los montes y valles, y duraba hasta que la balsa llegaba al medio de la laguna, de donde con una bandera se hacía señal para el silencio; hacía el indio dorado su ofrecimiento echando todo el oro que llevaba a los pies, en medio de la laguna, y los demás caciques que le acompañaban hacían lo propio, lo cual acabado abatían la bandera, que en todo el tiempo que gastaban en el ofrecimiento la tenían levantada, y partiendo la balsa a tierra comenzaba la grita, gaitas y fotutos, con muy largos corros de bailes y danzas a su modo; con la cual ceremonia recibían al nuevo electo y quedaba reconocido por señor y príncipe. De esta ceremonia se tomó aquel nombre tan celebrado de *El Dorado*, que tantas vidas y haciendas ha costado. En el Perú fue donde sonó primero este nombre *Dorado...*" (14). El relato de Rodríguez Freyle está tomado del Padre Simón casi a la letra hasta en aquello del *nombre campanudo*.

En Piedrahíta (Parte I, lib. IV, cap. I) y Zamora (Lib. III, cap. XVI), cronistas del siglo XVII se hace mención del Dorado.

Hasta aquí la leyenda recogida de boca de los naturales, que no podría en justicia calificarse de fabulosa. Castellanos no negó la autenticidad de la ceremonia del cacique de Guatavita,

*Lo cual os vendo yo por cosa cierta,
Y lo demás que dicen es patraña. (III, 333).*

Castellanos no creía, y con razón, en las fábulas y exageraciones que se fueron creando alrededor del Dorado:

*Ansí que la tal es demanda muerta
Y fantasía de verdad extraña. (Ibid.).*

NOTAS

- (1) *Los Nueve Libros de la Historia*, cap. IV, CX-CXVII. Traducción del Padre Bartolomé Pou S. I. Editorial Iberia, Tomo I, p. 315 ss.
- (2) *Etimologías*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1951. Lib. IX, cap. II, Nº 64.
- (3) *Op. cit.* pg. 189.
- (4) *Historia General* [...]. Parte III, último libro, cap. XXIV.
- (5) Década VI, cap. IV.
- (6) Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, II Parte, Libro VIII, cap. XI.
- (7) *Op. cit.* Colección de libros y documentos referentes a la Historia de América. Tomo XVII, Madrid, 1915, p. 337.
- (8) *Op. cit.* Lib. I. Cap. VI.
- (9) Véase lo que dice Castellanos de las *maniriguas, grandísimas guerreras*: II, 202 s.
- (10) *Epítome...* Boletín de Historia y Antigüedades, Año XIII, 1920, p. 357.
- (11) III Noticia, cap. III.
- (12) *Historia General y Natural de las Indias*. Lib. XLIX, cap. II.
- (13) *Historia General...* Década V, lib. VII, cap. XIV.
- (14) *Conquista y Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*, cap. II.